

Señoras y Señores

Los Diálogos por Colombia, organizados por el Centro de Liderazgo y Gestión y dirigidos a los principales líderes del sector público, empresarial y social, buscan generar propuestas de impacto para los principales desafíos que enfrenta el país en la coyuntura mundial actual. Este proceso llega hoy a la que quizá sea una instancia muy decisiva, debido a que todos estamos convencidos que la educación realmente es el riel fundamental no solo para las locomotoras de este país si no para la generación de Prosperidad Colectiva. A pesar de formidables avances recientes en cobertura, el país enfrenta todavía un alarmante retraso educativo que, sin duda alguna, debe ser la prioridad en la agenda pública y privada para los próximos años.

Si existe alguna premisa obvia que no admite discusión alguna es que nunca podremos alcanzar el sueño de un país más próspero y equitativo si no contamos con el capital humano que nos ponga a la misma altura de nuestros competidores globales. La educación es la base fundamental del crecimiento económico y, al mismo tiempo, es el cimiento más consistente de la igualdad de oportunidades y la movilidad social. Desconocer que una educación de calidad para todos los jóvenes debe ser la meta principal del nuevo gobierno y de nuestra sociedad sería el más funesto legado que les podríamos dejar a las próximas generaciones. Aún estamos a tiempo de entender la magnitud del rezago actual y de emprender los múltiples e inaplazables cambios que se requieren. La presencia de la señora Ministra, de Daniel Goleman y de todos nuestros panelistas constituye, por ende, una oportunidad invaluable para cerrar filas en torno a este esfuerzo, creemos en el CLG, el más decisivo de cuantos tengamos que afrontar en el presente y en el futuro.

Para lograrlo debemos primero comprender su verdadera magnitud. Los resultados de las pruebas PISA, realizadas por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, ubican a nuestros alumnos de educación básica en el puesto 53 de 57 países evaluados. En materias claves para el futuro como ciencias y matemáticas nuestros colegios públicos y privados se rajan sin atenuantes. En pruebas nacionales los resultados también son preocupantes: el 75% de los jóvenes que se gradúan de colegios públicos no alcanzan niveles medianamente satisfactorios del ICFES. En materia universitaria los resultados tampoco son alentadores: infortunadamente ninguna universidad colombiana figura en los listados de las 500 mejores universidades del mundo.

Debemos concluir, en primer lugar, que el sistema educativo colombiano está muy por debajo del promedio del sistema educativo mundial y que la brecha educativa que nos llevan países de otras regiones se traduce y se traducirá cada vez más en la brecha económica que divide la pobreza y la riqueza en el mundo. Nuestros jóvenes están aprendiendo muy poco, no hemos evolucionado en los métodos educativos y seguimos postrados en un esquema tradicional de enseñanza en el que los alumnos se limitan a memorizar y repetir los datos que les suministran los profesores. Nuestros jóvenes no han desarrollado suficientemente su comprensión de lectura, ni sus habilidades matemáticas, ni un mínimo interés por los temas científicos, particularmente la así llamada nueva ciencia.

Muchos de los colegios y universidades infortunadamente no han querido evolucionar y mantienen su modelo literalmente copiado de la era industrial. Los educadores del siglo XIX tomaron sus diseños educativos de las fabricas que admiraban y crearon un sistema escolar hecho a imagen de la línea de montaje, organizado en etapas separadas llamadas grados, en donde los niños se separan por edades y todos deben pasar juntos de una etapa a la siguiente, cada etapa tiene su supervisor quien es el profesor de turno. Este sistema creo muchos de los más difíciles problemas en que se debaten hoy maestros alumnos y padres de familia. Definió los niños talentoso y los lentos; los que no aprenden a la velocidad de la línea de montaje se quedan atrás o se les obliga a luchar continuamente para mantenerse al paso y si no lo logran a ese ritmo se les obliga “a luchar permanentemente” y en alguna forma son titulados como discapacitados mentales. Se implanto como norma la uniformidad de producto y de proceso, como si todos los niños aprendieran de la misma manera, se convirtieron a los educadores en controladores e inspectores, con lo cual cambió la relación maestro-discípulo y trajo el aprendizaje centrado en el profesor y no en el alumno y la motivación paso a ser responsabilidad del maestro y no del aprendiz y la disciplina se convirtió en la observación de reglas fijadas por el maestro en lugar de la autodisciplina y la evaluación se centro en ganar la aprobación del maestro en vez de que cada quien evalúe sus capacidades de forma objetiva y lo que es peor aún, identifico al estudiante como el producto más que el creador del aprendizaje, o sea, un objeto pasivo al que da forma un proceso educativo externo en el cual él no tiene ninguna influencia. La escuela tradicional se basa en el supuesto de que aprender es un asunto puramente intelectual, solo se necesita la cabeza, el resto del cuerpo bien se pudiera dejar en la entrada del salón de clases. El resultado es un ambiente pasivo de aprendizaje en el cual los estudiantes son simples receptores de ese llamado conocimiento, que es más que todo, actos y respuestas determinadas a enigmas que debe resolver.

Esta idea exageradamente intelectualizada del aprendizaje, explica igualmente el énfasis que ponen los colegios en la inteligencia lógico matemática y la inteligencia verbal. Esto es trágico porque el aprendizaje abarca todo un espectro de inteligencias múltiples, incluso destrezas musicales, corporales, cinéticas, espaciales, interpersonales y emocionales; cada individuo tiene distintos talentos y vocaciones pero todos tenemos el poder de abarcar la totalidad del espectro de inteligencias y cuantas más modalidades de aprender adoptemos, tanto más amplio y profundo será nuestro conocimiento.

Proponemos una alternativa al modelo mecanicista, se trata de ver la escuela como un sistema vivo en el cual el aprendizaje está centrado en el alumno y no en el maestro, que fomenta la variedad no la homogeneidad, abrazando inteligencias múltiples y diversos estilos de aprender que aprovecha el mundo de las interdependencias y la exploración más que el aprendizaje de memoria, en el que los estudiantes estudian problemas que los intrigan y los fascinan y buscan conocimientos y destrezas para resolver.

El presente foro, en consecuencia, pretende contribuir con este debate y hacer algún análisis colectivo sobre las políticas necesarias para mejorar la calidad de la educación en Colombia. Resulta un privilegio, por ende, contar tanto con la Ministra de Educación, como con el profesor Goleman, quizás el principal artífice de la nueva concepción sobre las vastas posibilidades de la mente humana. Daniel Goleman es una autoridad cuyas imperecederas enseñanzas revolucionaron para siempre los parámetros educativos necesarios en la formación de sociedades más productivas y felices. Su presencia resulta esencial para la comprensión de las virtudes de la educación emocional y la inteligencia social en la mejora de las relaciones humanas tanto en el plano personal como en el profesional.

Lo anterior, por supuesto, está íntimamente ligado con la pertinencia de los contenidos educativos que se le enseñan en todos los niveles a las futuras generaciones. La calidad es sinónimo de pertinencia. Según la UNESCO, la pertinencia hace relación al rol que cumple la educación en la sociedad. Y en los tiempos actuales, en los que la prosperidad depende de la ciencia, la tecnología y la innovación, no podemos quedarnos estancados en un sistema pedagógico que privilegia la memoria y la repetición de datos sobre el análisis, la argumentación y el pensamiento crítico.

Los resultados de pruebas internacionales demuestran que los estudiantes de Corea del Sur, de China, de Finlandia o de Estados Unidos tienen ventajas comparativas notables sobre los nuestros, y es porque han definido un esquema de prioridades diferente al nuestro. Es dicente que el 30% de las inversiones en investigación y desarrollo a nivel global se realicen en Asia y que, mientras

tanto, nuestra región no llegue al 2%. La innovación requiere más conocimiento. Tenemos que educar para la innovación. Tenemos que fortalecer el vínculo entre la educación y el sector productivo. Tenemos que aumentar la cuota existente de científicos y técnicos. Y, sobre todo, tenemos que velar que nuestros hijos adquieran las competencias necesarias para que sean individuos productivos, prósperos, tolerantes y felices en un contexto de competencia feroz y de abundancia de talento.

También, saludamos con beneplácito y expectativa la nueva política lanzada por la Ministra de Educación, María Fernanda Campo, denominada como “Educación de calidad, Camino a la prosperidad”. Se trata de una iniciativa pertinente para cerrar las brechas que existen entre Colombia y los países desarrollados y entre nuestros propios jóvenes de acuerdo con su origen económico. Acompañamos, pues, a la ministra en su misión de poner a la educación en el centro del debate nacional para así mejorar su calidad y pertinencia y garantizar los recursos que sean necesarios para este gran propósito superior. Sin embargo, no le podemos delegar toda la responsabilidad al gobierno. El éxito de cualquier iniciativa en esta materia depende, sobre todo, de las empresas y de la sociedad civil. El árbol de la educación sólo produce frutos a largo plazo, más allá del breve periodo de cualquier gobierno. Las inversiones en capacitación docente sólo tienen un retorno tangible en la próximas generaciones. Sin la presión de la sociedad civil para que se invierta más en calidad educativa, es imposible soñar con un país más desarrollado.

También debemos subrayar la trascendencia de las políticas para la primera infancia, periodo del que depende la capacidad cognoscitiva del alumno y sus aptitudes emocionales. De nada nos sirve mejorar la calidad de la educación si tenemos niños con propensión a la desnutrición, y cabe destacar que el 12% de nuestros niños sufren de desnutrición crónica. Se sabe que de los primeros cinco años dependen el rendimiento escolar futuro. Por eso, saludamos que en el actual gobierno se le conceda a la infancia la prioridad que se merece, ampliando la cobertura de atención integral en nutrición, salud y educación.

En definitiva, el capital humano es el mejor activo que le podemos dejar a nuestros hijos y la única salida que se conoce para superar la pobreza y la desigualdad. Como lo afirmó Karl Popper, uno de los mejores maestros de los últimos tiempos, “el futuro está abierto. No está predeterminado. Todos nosotros contribuimos a determinarlo por medio de lo que hacemos. Todos somos igualmente responsables por aquello que sucederá”. De ello depende, más que de cualquier otra cosa, el futuro de Colombia.